

ciferado pronunciamiento del 27 de febrero no debía llegar á su terminacion hasta el 21 de marzo, dia en que los repiques de todas las campanas y las salvas de todos los cañones de la capital del distrito federal anunciaron á POLCOS y PUROS la llegada del general D. Antonio López de Santa-Anna.

Era de verse y de describirse el pasmo con que los habitantes de Méjico llevaban sus pasos hácia la plaza de la Constitucion, adonde los llamaba la curiosidad de ver desfilar algunos centenares de engolondrinados lanceros, y de oír en la lóbrega catedral el solemne tedéum con que festejaba la iglesia no sabemos bien á bien qué.

Ocioso nos parece decir que la llegada del Unico dió punto á la revolucion, agregando con esto nuevos y mas verdes laure-

les á la corona triunfal que habia recogido, abandonando el campo de batalla en la famosa Angostura.

Pero lo que sí no podemos pasar en silencio es que no hubo reparacion alguna para el gobierno, pues el vicepresidente se fué con cajas destempladas á su casa; y en cuanto á los pronunciados, tampoco ellos lograron aquello de que habian hecho punto, á saber, destituir á Farías sin rendir palias al presidente don Antonio.

Ello, preciso es confesar que este se condujo en el caso con su acostumbrada clemencia, como lo prueba el hecho de que sin embargo de la indignacion que manifestó al saber la noticia del pronunciamiento, no mandó empalar á ninguno de sus motores. (Continuará)

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

BIZCOCHOS AMERENGADOS.

Tres claras de huevo, seis onzas de azúcar en polvo, y otro tanto de almendras; amásese durante tres cuartos de hora, hasta que se vuelva una pasta. Háganse cajoncitos de papel, y poniéndose en ellos la pasta, aplíquense al horno al tiempo que saquen el pan, y después de una hora de cocimiento, sáquense.

Para impedir y curar los sabañones antes de que se raje la piel.

Un pedazo de alumbre ó salitre del tamaño poco mas de un garbanzo en la cantidad de agua hirviendo que quepa en una cucharita para café; báñese con esto la parte enferma á noche y á mañana, dejándose secar por sí sola dicha agua. Síganse estos baños por unos diez dias. Tambien es bueno el espíritu alcanforado.

LA FRIALDAD DE LOS PIES.

Esta proviene casi siempre de falta de ejercicio, ó del exceso ora en la comida, ora en la bebida. Hágase siempre ejercicio suficiente para ayudar á la digestion, es decir de cosa de dos horas al dia, cómase moderadamente, bébase poco de lo que no sea agua pura, y como no sea ocasionada de debilidad esta dolencia, que suele quitar el sueño, es muy probable que desaparecerá.

Para fijar los mangos de cuchillos y tenedores.

Resina y polvo de ladrillo, mézclense en cantidades iguales y derrítanse juntos en un trasto de barro: aplíquese caliente.

LA VIUDA Y EL ESCULTOR.

POR G. A. ARNATI.

MADAMA de Crussac era una viuda jóven y amable, que vivia en la calle San Florentino, la cual sale como es bien sabido de los que conocen á Paris, á la plaza de la Concordia.

Una preciosa mañana de verano, Adriana de Crussac, poco tiempo después de haber enviudado, encontrábase recostada sobre un blando sofá, en su sala de recibir.

Por todas partes resaltaba en aquel elegante retrete el mas exquisito gusto en la eleccion del magnífico ajuar, y por la preciosa gracia con que estaban dispuestos los diversos objetos de arte y lujo que en él se hallaban, hartó bien se echaba de ver que en ello habia andado la mano de una mujer. La hermosa habitante de aquel aposento estaba ataviada con un traje color de alhucema ajustado á la cintura con una *cordeliere*,¹ y sus primorosos piés, notablemente pequeños, teníalos medio calzados en un par de chinelas de piel de cabrito negra. Adriana era mujer que vivia envanecida de sus piés, hasta el extremo de la fatuidad; y acostumbraba dar con él golpe á fuerza de esmerarse siempre en el vestir. Tenia la cabeza apoyada sobre la mano, y el brazo, que para lu-

cir su perfeccion habia desdeñado de cubrirse con tela alguna, contrastaba en su ebúrnea blancura con el carmesí del raso del sofá sobre cuyo respaldo descansaba. Su hermoso cabello, que traia dispuesto en *bandeau* (faja ó diadema) era de un color pardo muy subido y estaba hecho ondas. Sus delicadísimas facciones, sus finisimas cejas y su tersísima tez, anunciaban hartó á las claras que era ella una de esas beldades distinguidas que comienzan aunque tarde á llevarse la admiracion de la sociedad, y sus ojos naturalmente medio cerrados, cada vez que se levantaban los párpados, acusaban la viveza así como lo penetrante de su mirar.

Pero ¡á qué detenerse en detallar sus perfecciones, á qué hablar de lo peregrino de su talle, de lo delicado de su mano? Basta ya con lo dicho para que el lector complete con su imaginacion la pintura que no hemos hecho mas que bosquejar.

Sentada pues Adriana de Crussac, consultaba sin cesar y con visible impaciencia las manecillas de su reloj de mesa, como si se le hiciera pesado el tiempo ó estuviese con ansia aguardando la llegada de alguna visita.

A la cuarta ó quinta vez de poner los ojos en el reloj, ya que comenzaba á fruncir el entrecejo, y que parecia estar á pun-

¹ Cinturon de cordón á estilo del de los franciscanos.

to de prorumpir en quién sabe qué des-templada exclamacion, óyese el sonido de una campana hácia la entrada principal de la casa y aun antes que la medio airada hermosura tenga lugar para tomar la conveniente actitud, ábrese de par en par la puerta del aposento y éntrase de rondon en él un caballero.

Este se encaminó hácia la dama con desembarazado y airoso paso. Era jóven, de unos veintiocho años, mas bien chico que alto de cuerpo, delgado, pero bien proporcionado, y su semblante, sin embargo de tener á primera vista una expresion satírica era realmente en su conjunto cándido y hermoso. Llevaba un traje sencillo y si bien no tenia pero en punto al trabajo y al corte, no por eso manifestaba la menor presuncion. La tela de su ropa era de la mejor calidad, y el cuello de la camisa, que nada tenia que envidiar á los ampos de la nieve, estaba como al desgairre doblado y ceñido por un listoncillo liso de seda negra, en cuyo lazo se notaba la mas patente negligencia. No se encontraba pues en todo él sino una cosa notable, á saber, la suma elegancia de su bota, que estaba luciente y tersa como un espejo.

—Monsieur de Beaumont, dijo la dama luego que las salutations usuales hubieron sido canjeadas, y cuando su visita estuvo ya sentado á corto trecho de ella en una silla que arrastró al efecto, seguramente estará usted impuesto de la pesadumbre profunda que acabo de tener.

M. de Beaumont inclinó la cabeza.

—Tengo el mas decidido empeño, prosiguió Adriana, pasando ligeramente su pañuelo por los ojos; tengo el mas decidido empeño en tributar á la memoria del difunto todo el respeto que le es debido, y habiendo llegado á mi noticia el distinguido talento de usted, de que todo el

mundo se hace lenguas, me he tomado la licencia de dirigir á usted un billete suplicándole que me honre con una visita, para que concertemos la mejor manera de levantar un monumento á la memoria de la persona de la calidad y de las virtudes de mi marido.

—Señora, contestó M. de Beaumont, crea vd. que me envanece sobre toda expresion la preferencia con que usted tiene la bondad de honrarme y puede usted cuando guste y de la manera que le plazca disponer de la cortedad de mis conocimientos, pues la mas completa de mis glorias seria indudablemente aquella que mereciera la delicada aprobacion de usted.

—Es usted muy fino, prosiguió madama de Crussac; yo no dudó un momento que usted dé lleno á mi objeto. Ahora, me parece que no estará demás que esté usted advertido de que no pienso yo pararme en gastos. Lo que usted haga, deseo que sea de lo mas magnífico, sin perdonar trabajo alguno; pues nada de cuanto yo pueda imaginar, exclamó llevándose por segunda vez el pañuelo á los ojos, nada es capaz de dar á conocer bastantemente el profundo respeto con que miro la memoria de mi esposo. . . . Dispénseme usted, M. de Beaumont, que me desahogue en su presencia de usted; pero no puedo menos de deplorar cada dia el tesoro que he perdido.

—Siento en el alma la pesadumbre de usted, señora, y esté usted persuadida de que tendré la mas cumplida satisfaccion si logro dar completo lleno á los deseos de usted; pero permítame usted que le pregunte: ¿ha determinado usted de qué género ha de ser el mausoleo que tiene pensado que se forme?

—He estado pensando que una cúpula de mármol, sostenida por unos pilares, dejando por otra parte la castidad del dibu-

jo á la eleccion de usted, y debajo de estos pilares una estatua de tamaño natural de mi esposo, seria una cosa característica... pero ¿qué le parece á usted, M. de Beaumont?

—Yo, por mi parte, no puedo menos de estar conforme con el gusto de usted, señora, y en cuanto al dibujo, á buen tiempo tendré la satisfaccion de someter á la consideracion de usted algunos de ellos, para que sea servida elegir el que sea mas de su agrado. Sin embargo, es preciso que usted se tome la molestia de dejarme ver un retrato de monsieur de Crussac, pero un retrato bastante exacto para que me sirva de modelo.

—Siempre he sentido que mi esposo hubiese diferido la ejecucion de su retrato, pero desgraciadamente vino á suceder que en lugar de un cuadro para un salon, no me ha quedado de él mas que una miniatura que jamás aparto de mí, y que estimo mas que á mi vida... Quizá no se conocian ustedes; pero, agregó ella sacando de entre los pliegues de su vestido una cajita redonda de tafílete y abriéndole la tapa, mire usted, y dígame si en la ejecucion y el colorido no reconoce al artista; y si así fuere, creo por demás decir que la semejanza es perfecta.

—Magnífico trabajo es, señora; y si usted tiene á bien confiarme este precioso recuerdo, le ofrezco copiarle fielmente y tanto, que nadie tendrá por donde criticar nada.

—¿Confiarle á usted! ¡Desprenderme yo de mi miniatura! ¡No, nunca jamás! No me seria posible vivir ni una hora sin ella.

—Pero señora, yo no puedo sacar de memoria una semejanza: advierta usted que no quiero tenerla, mas que el tiempo muy preciso para sacar de ella una copia.

—No señor, ni soñar! Es menester que vea usted de hacerlo de otra suerte...

No puedo perderla un momento de vista... Siempre tendrá usted que venir acá y copiarla.

—Es que....

—¿Qué?

—Temo que vengan á ser á usted molestas mis repetidas visitas.

—Nada de eso, señor mio. Y sea como fuere, venga usted cuantas veces lo juzgue necesario: solo que me dirá usted á qué hora he de esperarle.

Después de extender la conversacion sobre los asuntos generales del dia, y sobre las novedades ocurridas en el mundo elegante de Paris, á que se habia conservado totalmente ajena madama de Crussac desde el fallecimiento de su esposo, y de que Eugenio de Beaumont, como hombre á la moda, podia dar una cuenta exacta, se convino en que el escultor volveria al otro dia, temprano por la mañana, llevando consigo su cartera y pinceles.

Conforme á esto, á la hora prefijada, presentóse en la casa de la doliente viuda; pero en lugar de encontrar á madama de Crussac reclinada sobre un cojin, como la primera ocasion, vióla en disposicion de dar principio á su almuerzo.

Bien hubiera él debido extrañar que no le hubieran conducido á otro aposento, pero vínosele á la memoria lo mucho que apreciaba la hermosa dama su miniatura y conjeturó al punto que no querria seguramente ella que trabajase él sino donde le tuviera á la vista: con esto, puso á un lado su atelaje de pintor y se preparó á aguardar las órdenes de la señora de Crussac.

—Varias personas que han estado aquí á verme, dijo esta, me han entretenido hoy, monsieur de Beaumont, de suerte que se me ha hecho mas tarde de lo que acostumbro; pero como quiera que una señora almorzando no ha de ser cosa que auste á usted, cuento con que no tendrá

usted inconveniente en acompañarme, en lo cual tendré una especial satisfaccion.

—Se lo agradezco á usted infinito, señora; ya es tarde para mí.

—Vaya, tome usted un racimo de uvas, ó una pera, ó siquiera un durazno. Sin cumplimiento, caballero, ahí tiene usted un cubierto.

Estrechado de esta suerte, Eugenio de Beaumont no debió hacerse de rogar: tomó pues asiento frente á frente de madama de Crussac.

Pasóse el almuerzo bastante entretenido y á lo que se dice, se prolongó mas tiempo del que tenia de costumbre gastar la bella viuda en él. Y en verdad, no dejaba de haber motivo para que hubieran ídoseles sin sentir las horas, pues Eugenio de Beaumont era sugeto sobre manera instruido, habia viajado mucho y tenia muy buen trato y era solicitado de todo el mundo, por la fama que le granjeaba todos los dias su distinguido talento: en suma, el artista estaba precisamente dotado de todas las circunstancias que convienen á una mujer de la calidad de Adriana, pues era expresivo al hablar, hallaba salidas para todo, sabia lisonjear y callar á su tiempo, tenia buena cara, juventud, y lo que le recomendaba mas particularmente era que no tenia, como la generalidad de los hombres de talento, el engreimiento que tanto contribuye á rebajar el valor intrínseco de su capacidad á los ojos de la gente discreta.

Muy poco fué lo que pudo adelantarse aquel dia, por mas que madama de Crussac no despegabala vista del pincel de Eugenio, siguiendo sus movimientos sin parpadear, admirando y poniendo sobre las estrellas al artista, de quien solo interrumpia sus elogios para dirigirle de vez en cuando una pregunta tocante á algun punto del arte, ó para llamarle la atencion

hacia algun otro objeto interesante; de suerte que cuando Eugenio se levantó para despedirse, echó de ver que habia desaprovechado el tiempo de una manera notable.

—Aguardo á usted el jueves á la misma hora, dijo Adriana al extenderle la mano; y no deje usted de traer consigo los dibujos y un presupuesto de la obra, en que le recuerdo no ande usted corto.

—Cuenta usted con mi puntualidad, señora.

Y así diciendo, hizo Eugenio una postrer despedida y marchóse.

El inmediato jueves á la hora convenida, presentóse de nuevo el artista en la casa de la viuda, á la que encontró como la otra vez, aguardándole.

Llevaba consigo los diseños: extendiólos y púsolos á la vista de ella. Madama de Crussac los elogió infinito, poniéndolos todos en las nubes unos tras otros, sin saber por cual de ellos decidirse. Por fin, eligió uno y preguntó su costo.

Dijosele Eugenio de Beaumont.

—¡Jesús me valgal exclamó la dama; ¡eso es enorme!

—Pero, señora, como entendia yo que usted...

—Sí, es verdad; pero con todo, no podia pasarme por la imaginacion que habia de subir á tanto como usted dice, y en resúmenes cuentas, pensándolo bien, me parece que podiamos dispensarnos de la cúpula y los pilares. La estatua sobre el pedestal entiendo que bastará para memoria.

Al artista no le quedó mas arbitrio que otorgar de cabeza.

Siguió haciendo sus visitas, siguió copiando la miniatura y no habia dia que dejase de ser bien y cási afablemente recibido por Adriana.

Por fin, llegó el momento en que la ta-

rea quedase concluida: no faltaba pues ya mas que ejecutar el diseño correcto de la estatua y el pedestal.

Pasóse un mes largo sin que volviera á la casa. Comenzaba Adriana á extrañar tan larga ausencia, cuando llegó á su noticia que Eugenio habia sido acometido de una enfermedad grave y que por consejo de su médico tenia precision, para restablecerse, de pasar al mediodía de Italia á mudar temperamento; por cuya causa sentia verse en el caso de no poder ejecutar la encomienda de madama de Crussac, de la cual obra tendria tal vez al fin que excusarse, á no ser que la dama tuviese la bondad de aguardar á que regresara en la próxima primavera, que seria cuando podria dedicarse con su mayor esmero á la obra.

Eugenio de Beaumont estaba á punto de ponerse en camino cuando por medio de un lacayo llegó á sus manos un billete muy pulido y perfumado, en que madama de Crussac le decia lo siguiente:

Madama de Crussac, después de saludar á monsieur Eugenio de Beaumont, tiene la honra de manifestarle que ha sabido con verdadero sentimiento su grave indisposicion y que espera que su viaje á Italia le restablecerá su salud. Madama de Crussac no puede ni por un momento pensar en confiar el busto de su esposo, cuyo pedestal es de parecer que puede suprimirse, á otra persona, por lo que aguardará á que regrese de Italia monsieur de Beaumont; agregando solamente que desea á monsieur de Beaumont un feliz viaje y le suplica acepte los adjuntos billetes de mil francos¹ como una ligera compensacion del trabajo que se ha tomado.

Pasó el otoño y vino el invierno, trayendo en pos de sí la alegría y holganza de la vida parisiense. La preciosa Adriana de Crussac no se vió en tertulia algu-

¹ Doscientos pesos.

na; mas como nadie ignoraba la pesadumbre que habia tenido, y todo el mundo estaba en la inteligencia de que habia ella amado entrañablemente á su esposo, se atribuyó generalmente á esto la reclusion que al parecer habia tomado á pechos guardar durante su viudez. Llegóse á olvidársela hasta entre la gente de moda, y tanto que hacia fines de la estacion, habiéndose presentado nuevos ídolos, no hubo ya quien pensara en Adriana de Crussac, cási ni aun en las tertulias de que poco antes habia sido ello el alma.

Huyó el invierno, presentóse la primavera y acallóse el mundo de la alegría y de las modas, mientras que la naturaleza se ataviaba con su manto de esmaltado verdor y las flores ostentaban sus mas hermosos y variados colores, merced al influjo vivificante del sol y de las lluvias.

A corta distancia de Paris se encuentra la preciosa villa de Fontenoy-aux-roses.

En ella tenia la bella Adriana de Crussac un delicioso castillo y algunas tierras, constituyendo un retiro el mejor adaptado á la porcion mas delicada de la creacion. La fábrica que era por el estilo de arquitectura tan extendido en el reinado de Luis XV, se hallaba á un lado del camino real y circuíala un muro de ladrillo de unos ocho ó nueve piés de elevacion, dentro del cual estaban tambien encerradas las tierras. En un ángulo de este muro y en línea paralela con la espalda del alcázar, allí venia á quedar la entrada, y á un lado de esta, la vivienda del portero, de la cual partia una calzada de arena gruesa que conducia al castillo, y mas allá de este, á mano derecha, estaban las caballerizas. A lo largo de la calzada que al castillo conducia, á mano izquierda, corria otro muro, al extremo del cual habia una puerta pequeña de hierro que daba entrada á las tierras, cuya magnífica vista no

se podia disfrutar sino atravesando esta puerta. Mas apenas asomaba uno á ella cuando de golpe se presentaba un verdadero Eden en miniatura. De las ventanas de la sala principal, un vuelo de escalones anchos y soberbios en cada uno de los cuales deseansaba un jarron de mármol con exquisitas flores, conducía á un suave terrero de verde y esmaltado césped en que se veian señalados varios acirates de diversos diseños: aquí se descubria una estatuita medio escondida entre un tronco lleno de retoños; allá era una fuente artificial que levantaba en el aire su trasparente y espumoso chorro, refrescando y protegiendo con su suave humedad las plantas inmediatas; á diestra y sinietra hallábanse selvosas calles y grutas; y frente á frente del alcázar habia un grupo de hermosos árboles, entre los cuales se veian estatuas de Apolo y las musas, de Vénus y Marte, de Diana y Acteon y de otros illustres dioses, así como del pastor y la pastora Dáfnis y Cloe. Tambien habia un cenador á la derecha, pero tal, que la diosa de los amores le hubiera elegido para sus citas, de lo frondoso y oloroso que estaba, con sus rosas y jazmines.

En este retiro que hemos procurado bosquejar, era donde Adriana de Crussac habia pasado el invierno, y cuando ya la naturaleza llevaba sus mas ricos atavíos, poco inclinada se sentia á cambiar aquel sitio risueño y sosegado por el bullicio de Paris. Ahora, de qué suerte habia pasado el tiempo, no alcanzamos á saberlo. Acaso se habia dado á la melancolía ó quizá la soledad le habia prestado mas ánimo para sobrellevar la pérvida que habia tenido.

El alegre mayo estaba bastante adelantado y Adriana de Crussac llevaba á la sazón cosa de un año de viuda. Yacia sentada leyendo en la propia sala desde cuyas ventanas se paseaba la vista por el delicio-

so terrero que á sus piés se extendia, y de vez en cuando levantaba los ojos, recreándose con el precioso paisaje que ante sí se ofrecia. Así como por acaso, dejó á un lado el libro y encontrábase embebida en quien sabe qué evagacion cuando llegó á sus oidos y distrájola de su fantasear el ruido de una cabalgadura que parecia venir por el terrero de arena.

Púsose al punto en espera de lo que aquello fuese, mas á poco abriéronse de par en par las puertas y un criado anunció á Eugenio de Beaumont.

Entró este. Estaba mas pálido que la vez primera que le dimos á conocer al lector y en su semblante se veian claras señales de desasosiego, lo cual no se le escapó á madama de Crussac. Eugenio por su parte advirtió que la tez de la viuda habia perdido mucha parte de su rosado color, bien que aun con esto fuera todavía hermosísima y amable, y que la animacion tan genial en ella antes, habia cedido su lugar á un sosiego en el porte que rayaba en reserva.

—¡Tan pronto, monsieur de Beaumont! exclamó Adriana de Crussac disimulando mal su satisfaccion. Nunca me habia yo imaginado que se hubiera usted mostrado tan complaciente con mi billete.

—Aseguro á usted con toda ingenuidad, señora, que me causa infinito gusto el volver á ver á usted, y que durante mi ausencia he estado anhelando la hora de volver á Paris, á ponerme á las órdenes de usted; y si no lo he hecho desde muy antes ha sido porque al pasar á la casa de usted en la calle San Florentino tuve noticia de que usted se habia retirado de Paris á su casa de *Fontenoy-aux-roses*, donde recibia usted muy pocas visitas si es que recibia alguna.

—Es verdad; pero su tarjeta de usted me fué remitida y escribí á usted que po-

dia verme. Con que ¿cuento con que tendrá el gusto de que usted me acompañará á comer?

Eugenio de Beaumont otorgó de cabeza. Siguióse una conversacion muy animada, cuyo asunto fué el viaje del artista, á quien madama de Crussac pidió pormenores minuciosos. Dióselos este y en la viva descripcion de sus correrias, ora vagaba con él Adriana por las riberas del Adriático, ora por las del precioso lago de Como; ya se contemplaba en Venecia, atravesando sus puentes, ó descuidadamente reclinada en una góndola, recreando sus oidos con la melodía de una suavísima música, ya recorriendo las viñas de Nápoles, ya en fin, admirando las maravillas de la ciudad eterna.

Sin pensarlo, madama de Crussac levantó las celosías y en compañía de Eugenio, como llevados ambos de un mismo impulso, bajaron las gradas de mármol, hollaron el suave césped y se entraron en las deliciosas calles de árboles. Insensible á todo influjo externo y atenta solamente á la conversacion del artista, la bella viuda no hubiera vuelto de su embebecimiento á no haber ocurrido que al meter la mano en su faltriquera para sacar el pañuelo vino por casualidad á caersele un billete en el suelo. Eugenio se agachó al punto á recogerle, pero por mas pronto que fué su movimiento, no pudo ganar por la mano á Adriana, quien le levantó precipitadamente y con extraño afan.

—¡Usted dispense! exclamó, y volvió á guardarsele en la bolsa ella.

Miróla el jóven con disimulo y advirtió que le habian salido los colores al rostro. Caminaron un rato sin chistar palabra, hasta que Eugenio volvió á trabar conversacion.

—Se me habia olvidado decir á usted

que durante mi residencia en Italia trabajé en el busto de M. de Crussac; pero yo quisiera que le viese usted antes de que esté mas adelantado. Allá le tengo en mi taller: ¿gusta usted hacerme una visita?

Mordióse Adriana los labios y musitó algunos vocablos sobre prefijar dia; pero habiendo en este momento herido sus oidos el rumor de unos pasos, volvieron la cara y vieron á un criado que después de dar un recado á madama de Crussac, le preguntó si habia de ver á la persona que le traia.

—Sí, dijo aquella; le veré.

Y juntamente con Eugenio que la acompañó hasta el fin de la calle, encaminó sus pasos al alcázar.

El artista, habiéndose quedado solo, anduvo vagando por aquí y acullá sin llamarle la atencion la hermosura del paisaje que á la vista tenia. Parecia estar pensativo, y entróse involuntariamente en el cenador de que dejamos hablado, y sentóse allí. Sobre la rústica pero aseada mesa habia una guitarra, y un monton de canciones y un libro de dibujos: abrió este el jóven y púsose á hojearle. Causóle admiracion la habilidad con que estaban hechos algunos de los dibujos y tomó aficion á verlos todos. ¡Cuál seria su sorpresa cuando á la hora menos pensada, entre otros diversos diseños, se dió en los ojos con su propio retrato, su propio retrato de tamaño natural, hecho á la aguada y tal como se habia presentado á madama de Crussac en la primera visita que le hizo!

Quedóse embelesado mirando aquel portentoso. De pronto un ligero rumor de pasos, le hace levantar la vista y allí, frente á frente de él, en actitud de quien titubea entre adelantarse ó retirarse, clavados en el suelo los ojos y colorada como un carmin, vé á Adriana de Crussac.

Levantóse Eugenio y dió un paso hácia ella, con el libro de dibujar en la mano.

—¡Señora! exclamó; y sus ojos acusaron la intensidad de sus afectos. ¡Esa carta que con tanto ahínco escondió usted poco hace?...

—De usted era, contestó ella: la misma en que me avisaba usted de su indisposición y de su proyectado viaje...

Lo que siguió no lo sabemos nosotros.

Pero el caso es que poco después en todas las tertulias de París corrió la voz de que la preciosa y rica madama de Crussac estaba para casarse con el afamado escultor Eugenio de Beaumont.

Si algun dia, caro lector, llegas á ir á Paris, si te tentare la curiosidad de ver el taller del artista, lo que puedes conseguir por medio de cualquier amigo ó conocido de él, verás entre las diversas obras que allí se encuentran, un busto por acabar. Bien puedes preguntar de quien es el tal busto; que el artista, si eres extranjero te contestará:

—¡Oh! no es nada.

Y si fueres amigo:

—Es el busto del primer marido de mi esposa, que todavía no he acabado enteramente.

(Traducido por E. R. para la semana.)

MISCELANEA.

LOS REYES Y LA BIBLIA.

1 Y aconteció que habiendo envejecido Samuel, puso á sus hijos por jueces de Israel.

2 Y el nombre de su hijo primogénito fué Joél: y el nombre del segundo Abía, los cuales eran jueces en Bersabé.

3 Y no anduvieron sus hijos en los caminos de él: sino que se desviaron en pos de la avaricia, y tomaron regalos y pervirtieron la justicia.

4 Por lo que juntándose todos los ancianos de Israel, vinieron á Samuel á Ramata.

5 Y dijéronle: Bien ves que tú eres ya viejo, y que tus hijos no andan en tus caminos: establécenos un rey, que nos juzgue, como lo tienen tambien todas las naciones.

6 Desagradó á Samuel este razonamiento, porque habian dicho: Dános un rey, que nos juzgue. Y Samuel hizo oracion el Señor.

7 Y el Señor dijo á Samuel: Oye la voz

del pueblo en todo lo que te dicen: porque no te han desechado á tí, sino á mí, para que no reine sobre ellos.

8 Conforme á todas las obras, que han hecho desde el dia que los saqué de Egipto hasta este dia: como me dejaron á mí, y sirvieron á dioses ajenos; así lo hacen tambien contigo.

9 Ahora pues oye su voz: pero protéstales primero, y anúnciales el derecho del rey, que ha de reinar sobre ellos.

10 Y así Samuel refirió todas las palabras del Señor al pueblo, que le habian pedido un rey.

11 Y dijo: Este será el derecho del rey, que ha de mandar sobre vosotros: Tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros, y los hará sus guardias de á caballo, y que corran delante de sus coches.

12 Y los hará sus tribunos, y centuriones, y labradores de sus campos, y segadores de sus mieses, y que fabriquen sus armas y sus carros.

13 Hará tambien á vuestras hijas sus perfumeras, sus cocineras, y panaderas.

UNA CLARIDAD.

—¿No encuentra usted en mis ojos la expresion de mis sentimientos? decia un enamorado sentimental á una preciosa señorita á quien deseaba agradar.

—¡Y mucho! replicó esta; pues ellos me representan á un bacallao muriendo de dolor de muelas.

VERDADERO PATRIOTISMO.

Uno de los mas señalados servicios que puede prestar un hombre á su patria, es pagar sus deudas.

ENIGMA.

Nada soy en realidad,
Negativa es mi existencia;
Mas importa mi presencia
A todo el mundo, en verdad.

Sin mí no puede haber casa,
Palacio, choza, ni ermita;
Y el mundo me solicita
Y sin mí jamás se pasa.

Nadie sin mí salir puede
A negocio ni á paseo,
Ni volver puede, yo creo,
Si por mí no se concede.

Yo alumbró á la especie humana,
Aire vital doy á todos,
Y de otros diversos modos
Muestro mi potencia ufana.

Franca para el inocente,
Al criminal inflexible,
Para este soy muy temible
Y para aquel obsecuente.

Materia en mí el miedo exige,
Mas ella no hace mi esencia;
Negativa es mi existencia,
Ya al principio te lo dije.

FRANCISCA SUAREZ.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

de la charada del núm. anterior:

EL RELOJ.

14 Tomará asimismo lo mejor de vuestros campos, y viñas, y olivares, y lo dará á sus siervos.

15 Y diezmará vuestras mieses, y los esquilmos de las viñas, para darlo á sus enucos y criados.

16 Tomará tambien vuestros siervos, y siervas, y mozos mas robustos, y vuestros asnos, y los aplicará á su labor.

17 Diezmará asimismo vuestros rebaños, y vosotros sereis sus siervos.

18 Y clamareis aquel dia á causa de vuestro rey, que os habeis elegido: y no os oirá el Señor en aquel dia, porque pedisteis tener un rey.

19 Mas el pueblo no quiso dar oidos á las razones de Samuel, sino que dijeron: No, no: porque rey habrá sobre nosotros,

20 Y nosotros seremos tambien como todas las gentes: y nos juzgará nuestro rey, y saldrá delante de nosotros, y peleará por nosotros nuestras guerras.

21 Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y refiriólas en oidos del Señor.

22 Y dijo el Señor á Samuel: Oye su voz, y pon rey sobre ellos. Y dijo Samuel á los varones de Israel: Váyase cada uno á su ciudad.—REYES, lib. I, cap. VIII.

EL PELO CANO.

Ahora pocos dias, entre la hermosa mata de pelo negro como las alas del cuervo, de una señora, alcanzó á columbrar una amiga suya una CANA, cuya vista arrancó un ¡Jesús! á la pasmada descubridora.

—¡Por vida de usted! exclamó la primera al saber el motivo del susto de su compañera, arránquemela luego luego.

—Pero, ¿no advierte usted que si desentierro esa que tiene usted, diez vendrán á las exequias?

—Arránquela, arránquela usted siempre; pues nada importa las que vengan al duelo como vengan de luto.